Duelo de hombre

Friedrich Perschak

Duelo de hombre

Friedrich Perschak

Avant
editorial

Primera edición, marzo de 2024
©Friedrich Perschak, 2024

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

Diseño y Edición:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Atico A,
28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

ISBN: 978-84-19970-94-7
IBIC: FA
DEPOSITO LEGAL: M-6380-2024

Solo las personas capaces de amar intensamente
pueden sufrir un gran dolor,
pero esta misma necesidad de amar
sirve para contrarrestar sus duelos y los cura.

León Tolstoi

Tú no te irás, mi amor, y si te fueras, aun yéndote, jamás te irías.

Rafael Alberti

El dolor deja una marca demasiado profunda
como para que se vea, una marca que queda
fuera del alcance de la vista y de la mente.

Margaret Atwood

PRIMERA PARTE

MI QUERIDO RAFAEL

Así murió Raquel, y fue sepultada en el camino.
Y levantó Jacob un pilar sobre su sepultura;
esta es la señal de la sepultura de Raquel hasta hoy.
Génesis 35:19

El rabino fue el primero que usó la pala.

El ruido que hace la tierra seca al golpear con un ataúd es un trueno. Un destello de angustia. Lo sentí como un golpe directo al corazón. Me dejó sordo. Me transportó a otra dimensión, donde él ya no está y no hay vuelta atrás.

Luego la dejó clavada en la tierra y me hizo una señal con la mirada para que la agarrara y diera unas paladas. No sabía que no se podía entregar en mano; había que dejarla hundida en la tierra para que la otra persona la usara. Aunque no era la primera vez que participaba de un entierro judío, este era el más cercano. Yo no soy judío.

Ese sonido, aún a veces me despierta, me sorprende cuando estoy entretenido en otras cosas. Me devuelve a esa vida compartida que tuvimos, y me llena de culpa.

Yo también le hice una señal de afirmación con la mirada al rabino, di dos pasos y la agarré con la mano derecha; estaba apoyada en el barro y con fuerza tiré el primer puñado de polvo y tierra sobre el ataúd de Rafael. Estaba allí abajo, lejos, muy lejos, en un lugar oscuro, donde ya ninguno de nosotros puede acompañarlo. A la tercera palada, el rabino me detuvo, señaló primero al padre y después a uno de sus hermanos para que ellos también participaran. Los que estaban allí acompañándonos, alrededor del pozo, la tomaron también y en silencio, con tristeza y respeto, nos ayudaron en esa última despedida.

Después de que los allí presentes tuvieran su turno con la pala, se unieron al trabajo los empleados del cementerio. La lluvia de tierra fue vertiginosa, ruidosa y demoledora, en unos minutos lo terminaron de cubrir. Desapareció el brillo de Rafael en nuestras vidas. Solo había quedado una montaña de barro y polvo marcando su lugar.

Esa pala aún pesa. Al tacto, el mango se sentía rugoso, áspero y mucho más grande de lo que una persona normal puede llegar a soportar.

Se bendijo, se hicieron oraciones en hebreo que el rabino traducía en partes. Luego de rasgar a los más íntimos la ropa con un corte de navaja, dijo que le pedía a Dios que tuviéramos aceptación, que deberíamos reconocer las cosas que nos suceden en la vida, respetar los designios de Dios con fe y respeto.

Me hicieron volver caminando. Me llevaron a una sala que hay en la entrada del cementerio. Me sirvieron café en un vaso de plástico blanco. Yo me dejaba conducir, ya no me quedaba nada de voluntad. Quien se acercara a mí, luego de abrazarme con cara triste, me repetía que no estaba solo, que él o ella estaba para lo que necesitara. Yo solo sonreía con una mueca falsa de gratitud. Prefería a los que lo hacían en silencio, no era necesario decir nada. Ya al final no escuchaba a ninguno. Quería volver a casa. Estar solo.

No sé muy bien cómo lo pude hacer, pero me escapé y volví a donde había tenido lugar el entierro. Caminé por entre otras lápidas, viendo las fotos de los que estaban bajo tierra, sus nombres, las fechas de nacimiento y muerte, lo que cada ser querido le había mandado grabar en el mármol. Estaba tranquilo. Me encontraba sereno. Cuando llegué a su tumba improvisada, la montaña de barro no había cambiado. Él no había vuelto.

Ya lo extrañaba.

Una brisa cálida me despeinó. Casi hizo volar la *kipá* que tenía puesta en mi cabeza. El murmullo del viento lo relacioné con la presencia de Dios. Fue raro, sentí como que en ese momento existía algo más grande que todos nosotros. Que no me dejaría naufragar en la tristeza.

Tuve el impulso de comenzar a hablarle a través del polvo, pero me contuve. Quería pedirle disculpas por no haberlo cuidado también en sus últimos

minutos. Sabía que, si conversaba con él ahora, nunca iba a dejar de hacerlo. Desde hoy estoy solo. Solo me queda el recuerdo de todo lo que vivimos juntos.

Recién en ese momento fue que lloré por primera vez. Antes no lo pude hacer. Debía ser fuerte y estar lúcido para cuidar y atender a Rafael. Allí solo al pie de su tumba, ese viento raro me hizo ver que ya no estaba más. «Por fin descansa», pensé. Yo también debería hacer lo mismo.

Antes de salir del cementerio, me lavé las manos con tres chorros de agua en cada una. Cada vez que vinimos juntos al cementerio, me decía lo mismo: «Nadie es tan pobre como para no poder dar algo, ni tan rico como para no necesitar recibir algo, por eso hay que mojarse un poco con cada mano».

Volví solo a casa.

La imagen de mi cuerpo joven vino y me trajo la tristeza: lutos de familia, despedidas; sentimientos de los míos, sentimientos tan poco atendidos de los muertos.

C. P. Cavafis

La casa estaba a oscuras, a Rafael en los últimos días le fastidiaba la claridad del día, el aire limpio y fresco, el ruido de la calle; vivir le molestaba. Al dar los primeros pasos en el living el olor me impactó; nunca estuve en una morgue, sin embargo, lo identifiqué como a muerte. Era dulce, pero irritante como el formol. Estaba atrapado en el perchero del recibidor, bajo la campera con la que regresaba del hospital en cada internación. En el sillón donde él estuvo sentado mientras le preparaba la cama en nuestra última noche. En la frazada que usamos para dormir juntos esas pocas horas antes de que muriera.

Nuestro dormitorio parecía una habitación de hospital. En su mesa de luz entre todos los frascos de analgésicos, vitaminas, anticoagulantes, aceite de cannabis, el inhalador y los tapones para los oídos, estaba el portarretrato con una foto nuestra cuando subimos al London Eye. La cámara del celular nos enfoca desde abajo, mientras sonreímos y nuestras miradas se juntan;

unos minutos antes de subir, había dejado de llover y en el fondo de la foto se ve una cosa parecida a un arcoíris. Fue nuestro primer viaje. En esa fotografía se lo ve precioso, con el pelo revuelto, enrulado, él decía que con los años se le había aclarado el cabello, pero la verdad era que cada día tenía más canas. Estaba robusto, fuerte como una roca. Vestido con la campera a cuadros que le había regalado el día anterior y que usó la última vez que volvimos del hospital. Recuerdo que dejó su aroma allí adentro. Siempre se ponía un mismo perfume: Fahrenheit. Le repetía lo mismo cuando llegaba a casa con otro frasco de su perfume: «Cada mañana le pones temperatura a la vida» y él se reía. Éramos felices.

Me senté en mi sillón; entre esa oscuridad del fin de día, en esa penumbra que aún te permite ver, pero no te deja mirar las cosas en su máxima dimensión. No lo podía creer; qué hacía yo ahí solo, en casa, sin tener la preocupación de que él estuviera cómodo y sin dolor.

Cerré los ojos. Apoyé los codos en mis piernas y sujeté mi cabeza con las manos. Estaba cansado. Quería dormir, pero no terminaba de decidirme si en el sillón o en nuestra cama.

Esperé. ¿Qué apuro había?

Fui a la cocina. Prendí la luz y abrí la ventana. Puse en el hornito una tostada con queso a calentar. Mientras esperaba, vi como pasaba el camión de la basura, hacía ruido como siempre y al tercer piso llegaba

el olor culpable a podrido. Cerré la ventana, lo sentí como una invasión. Fui al trinchante del comedor a buscar un plato, de los que usábamos solo cuando teníamos visitas. Encontré un cigarro escondido; fue lo que lo llevó a la muerte. Pensé fumarlo en su honor, pero no lo hice. Nunca me dio placer la nicotina. Lo deshice formando una pelota de papel y tabaco. Volví a la ventana y lo tiré como si fuera un pucho, con fuerza, golpeándolo con el dedo índice. En mi mano quedó una sensación grasosa y un aroma dulce e irritante.

Comí el pedazo de pan a medio calentar, parado frente a la mesada de la cocina. A pesar de que tenía hambre, no le sentí gusto a nada; lo único que había tomado en todo el día había sido un café, en el cementerio. Fregué el plato y la taza. Me enojó encontrar ese cigarro escondido. ¡Pucha! No pudo controlar ese vicio de mierda ni siquiera cuando estaba por morir.

Fui al baño. Abrí la canilla, toqué el chorro de agua y esperé a que saliera tibia. Me lavé las manos, la cara y los dientes. Fue cuando me vi en el espejo y *la imagen de mi cuerpo vino, me trajo la tristeza, el luto, la despedida, y mis sentimientos y los de los muertos*. C. P. Cavafis es un escritor que admiro. No perdía la oportunidad de recitarle una de mis frases preferidas, a veces las inventaba para que él pensara que recordaba todos sus poemas de memoria. Me encantaba verlo sonreír en esos momentos. Él sabía que mentía. Sus ojos verdes brillaban. Éramos cómplices en esas cosas también.

Fui al dormitorio, el desorden era el mismo que habían dejado los de la funeraria cuando vinieron a buscar a Rafael. La cama no estaba tendida; no me importó, vestido como estaba me tiré boca abajo, sin ver donde caía. Bajo mi cuerpo quedaron mis dos brazos entrecruzados. La cara escondida. El corazón me latía rápido. La cabeza pensaba y las lágrimas no lograban correr, la almohada que él usaba las absorbía. Así quieto, pensando en él, en la cama que compartíamos, terminé dormido.

En medio de la noche, se ve que me di vuelta, al despertar estaba mi cabeza mirando a los pies de la cama. Los brazos extendidos y las piernas formaban una equis.

No recuerdo qué soñé esa primera noche solo; tampoco puedo recordar mi sueño de nuestra última noche.

¿Quién es este varón que viene por el campo hacia nosotros?
Y el criado había respondido: Este es mi señor.
Rivka entonces tomó el velo, y se cubrió.
Génesis 24:65

El primer día en casa lo pasé encerrado. Sonó varias veces el timbre de entrada y vi que al celular se le prendía la pantalla, pero no hice caso. Estaba cansado, había dormido mal. Debía pasar la primera jornada solo; afrontar de alguna manera que Rafael estaba muerto, que no me necesitaba.

Pensaba y pensaba y no podía recordar qué había pasado conmigo en esa última noche. Cómo había muerto sin haberme dado cuenta. Por qué había muerto tan pronto. Cómo no lo acompañé en ese momento también.

Me desperté temprano, el sol aún no daba en la ventana del dormitorio. Miré la hora. Siete menos veinte. «Falta un rato para darle la medicación», pensé. Era la fuerza de la costumbre, los hábitos son difíciles de cambiar. Los primeros días hacía de forma automática las cosas como si Rafael viviera; tenía el impulso de ir a donde estaba y contarle que había nacido el narciso

blanco. Fue de no creer, dio flor durante el entierro, no lo había visto antes, recién en ese momento lo había notado. Preparar la comida sin sal, no abrir de par en par las ventanas. Dejar siempre cerca algún recipiente limpio para que pudiera vomitar de urgencia. Tener a mano los teléfonos del doctor y de la ambulancia por si se descompensaba. Como si esperara el gran terremoto final, dejaba espacios libres y cómodos para que una camilla lo trasladara sin chocar con nada. Mi vida seguía enganchada a él y a su enfermedad.

Cambié de lugar las plantas, fue el primer movimiento que hice en mi nueva realidad. Las llevé al comedor. Me duché, la primera sin apuro ni la preocupación por dejarlo solo. Cuando me secaba, vi mi reflejo en el espejo. Estaba un poco más pelado. Con cincuenta y uno años, el pecho se me había llenado de canas. Me vi flaco, más chiquito, ojeroso, con los cachetes caídos. Triste. Culpable.

Solo.

Vivimos catorce años juntos en este lugar; dieciséis años de relación. Compartimos nuestra mejor parte de la vida. Pasó sin darnos cuenta. Un día estaba yendo al trabajo en bicicleta, en un semáforo, le mandé un mensaje de texto: «Hoy la vida me sonríe, y creo que es por tu culpa», al instante me contestó: «Me pasa lo mismo que a vos, es un milagro». Desde esa mañana nunca más nos separamos. Juntamos nuestras vidas. No hubo necesidad de casarnos. Ya estábamos consagrados desde la primera vez que nos vimos. Un empleado de su

padre nos presentó. «No pasa nada si se conocen», me dijo. Habíamos quedado en encontrarnos en el café de una librería. Lo vi bajar del auto y entrar. Me miró con sus ojos verdes. Se sonrojó. Me gustó. Se sentó frente a mí y sonreímos con la alegría que te da estar en el lugar justo en el momento adecuado. Prendió un cigarrillo y conversamos hasta la noche en que murió.